

# Aprender de un progresismo al siguiente

Nils Castro Herrera

*nils.castro@gmail.com*

Doctor en Letras.

Politólogo y escritor panameño

## **Resumen:**

Al final de siglo XX, la pasada ofensiva progresista vino tras el desplome del socialismo y el marxismo soviéticos, y del fracaso del auge neoliberal. Una crisis político ideológica coincidió con un alza de la decepción política y el descontento social. Agrupaciones progresistas ganaron elecciones y tomaron del gobierno (no el poder) en varios países y aumentaron influencia en otros. Millones de latinoamericanos mejoraron sus condiciones de vida y la región recuperó soberanía y autodeterminación.

Pero la gran burguesía y la derecha conservaron su poder económico y mediático, y el respaldo imperialista; renovó su discurso y, como era de prever, orquestaron su contraofensiva. Esta tuvo más éxito donde los gobiernos progresistas fueron más vulnerables. No vale achacar los reveses del progresismo solo al poder mediático y la perfidia del capital y las derechas. Es necesario y oportuno hacer asimismo un examen crítico de los errores y falencias de los liderazgos progresistas, que las derechas supieron explotar.

Ahora los gobiernos de derecha vuelven a repetir pasados abusos y errores, y a provocar grandes disgustos sociales. Se vislumbra otra próxima ofensiva progresista, a que toca prever y articular. Los pasados 15 años de experiencia progresistas ofrecen abundante material para un balance autocrítico de sus falencias, a fin de erradicar su posible

repetición y consolidar los aciertos que la pasada oleada progresista también tuvo. El artículo hace una revisión panorámica de los errores más característicos, y de las propuestas que podrán contribuir a que esa próxima ofensiva progresista sea más eficaz, ambiciosa y sostenible.

**Palabras clave:**

Crisis ideológica, ofensiva neoconservadora, fracasos neoliberales, progresismo, gobierno, poder, nueva derecha, contraofensiva reaccionaria, errores, deficiencias, vulnerabilidades del progresismo, autocrítica, nuevos disgustos sociales, nueva oportunidad progresista, pensar nuevos objetivos, preparar nuevas fuerzas adicionales.

**Abstract:**

*At the end of 20th century, the last progressive offensive came after the collapse of the sovietic socialism and marxism, and the failure of the neoliberal boom. A politico ideological crisis coincided with a rise in social unrest and political disappointment. Progressive groups won elections and took Government (not power) in several countries and increased influence in others. Millions of Latin Americans improved their living conditions and the region regained sovereignty and self-determination.*

*But the big bourgeoisie and the right retained its economic power and media, and the imperialist backing; they renewed their speech and, as expected, they orchestrated a large counter-offensive. This was more successful where the progressive Governments were most vulnerable. It is not worth to blame the setbacks of progressivism only to the media and the right and the perfidy of the capital. It is necessary and appropriate to also make a critical examination of errors and shortcomings of progressive leadership, the rights were able to exploit.*

*Now the Governments of right are repeating again past abuses and errors, and to cause great social distress. Another upcoming progressive offensive, which is forecast and articulate in sight. 15 years of progressive experience offer abundant material for a self-critical assessment of its flaws, in order to eradicate its possible recurrence and consolidate the successes the last progressive wave also had. This article makes a panoramic review of the most typical errors and proposals, that may contribute to this next progressive offensive to be more effective, ambitious and sustainable.*

**Keywords:**

*Ideological crisis, neoconservative counter-offensive, neoliberal fiascos, progressivism, Government, power, new right, reactionary counteroffensive, errors, deficiencies, vulnerabilities of progressivism, self-criticism, new social trouble, new progressive opportunity, thinking new objectives, prepare new additional forces.*

Los acontecimientos pronto han demostrado que lo que hoy llamamos *progresismo*—fenómeno político que, según las particularidades de cada país, a inicios de este siglo brotó en varias latitudes de América Latina— no fue un simple «ciclo» ni ha concluido. Y que tampoco fue mero efecto de un cambio en la cotización de las materias primas. La evolución de nuestros pueblos es más compleja que eso; su comportamiento político no oscila según los vaivenes del comercio mundial, pues las relaciones entre economía y sociedad no son tan pueriles.

Como recordamos, al inicio los años 90 del siglo XX, la acometida neoconservadora promovida por Margaret Thatcher y Ronald Reagan se potenció con el derrumbe soviético. Eso, además de forzar un viraje de las políticas económicas que prevalecían, impuso un *tsunami* ideológico que unas izquierdas divididas y perplejas mal pudieron enfrentar. No obstante, ni esas políticas ni los efectos culturales de aquel *tsunami* han finalizado. La crisis global que emergió en 2008 desenmascaró al neoliberalismo, pero sin que todavía hayamos creado las propuestas suficientes para remplazarlo.

Con ello, en menos de diez años, las prácticas neoliberales ya habían causado daños e inconformidades populares suficientes para levantar protestas y movimientos políticos que dieron pie a una significativa marea progresista. Este fenómeno, más expresivo de un vasto repudio que de nuevos proyectos factibles, animó los primeros tres lustros del siglo XXI, incluso allá donde no pudo elegir gobiernos. Y donde sí lo consiguió, además de realizar destacados avances contra la pobreza y la inequidad, produjo significativos progresos de la autodeterminación nacional y la solidaridad en nuestros países.

Obviamente, al lograrlo aún en tiempos de crisis de las izquierdas y restauración de la democracia liberal, no contaban todavía con bases sociales, político culturales y organizativas tan desarrolladas como para emprender *revoluciones* factibles y sustentables. Caso por caso, eso

deparó oportunidades para acceder al gobierno, más que para tomar el poder. Y por el lado opuesto, las élites locales, aunque forzadas a ceder la administración del gobierno, pudieron hacerlo sin perder sus recursos económicos fundamentales.

Aun así, durante ese período millones de latinoamericanos salieron de la marginalidad y adquirieron ciudadanía, empleo, educación y salud, y sus naciones alcanzaron mayor dignidad. Patrias y gentes pudieron ensayar nuevas expectativas. Incluso sin revoluciones propiamente dichas, esa era una agenda de izquierda. Fue peor que ingenuo suponer que los progresos sociales y políticos alcanzados en esos años pudieran repetirse sin causar, a su vez, una fuerte contra ofensiva del imperialismo y de las élites de cada país.

Con sobrados respaldos económicos, socioculturales y mediáticos, la derecha tuvo condiciones y tiempo para recomponer objetivos, reactualizar métodos y reconstruir imagen, ya no solo para volver a Palacio a recuperar hegemonía, sino para emprender un *roll back* más ambicioso: revertirlas conquistas populares cedidas desde los años 50 a la fecha. De la estructuración y fines de ese contraataque ya me ocupé entonces.<sup>1</sup>

### ¿Quién nos hace vulnerables?

Pero no todos los éxitos después conseguidos por la contraofensiva reaccionaria se pueden achacar enseguida a las artimañas y al poder financiero y mediático de las derechas, ni al patrocinio y la coordinación del imperialismo. Estos son factores reales, pero no suficientes para explicar sus éxitos. Los reveses de ese progresismo deben atribuirse asimismo a las permisividades, omisiones y errores de sus propios liderazgos y gobiernos, que con frecuencia minusvaloraron la indispensable coparticipación crítica de sus partidos y de las organizaciones

<sup>1</sup> Consultar, por ejemplo: «¿Quién es la «nueva» derecha?», en *ALAI* del 14-4-2009; «Una coyuntura liberadora... ¿y después?», en *Rebelión* del 23-7-2009; «Una liberación por completar», en *ALAI* del 17-8-2009; *La brecha por llenar*, premio del concurso Pensar a contracorriente, La Habana, febrero de 2010; «El reto de las izquierdas latinoamericanas», en *Rebelión* del 27-4-2012; «¿Por qué y para qué son progresistas estos gobiernos?», en *Rebelión* del 20-7-2012; «Las disyuntivas progresistas y la contraofensiva de las derechas», en *Rebelión* 1-12-2014; «La contraofensiva de las élites dominantes», en *ALAI* del 2-12-2013; «La contraofensiva de las derechas y las opciones de las izquierdas», en *Rebelión* del 5-11-2014; «Combatir errores y sumar nuevas fuerzas», en *ALAI* del 24-10-2016 y «Convertir indignación social en militancia política», en *ALAI* del 14-11-2016.

populares, y relegaron el diálogo y el acuerdo con las comunidades locales.

Poco útil es atribuir el consiguiente reflujo del apoyo popular tan solo al poder económico, la vileza moral y el peso de los medios de comunicación de la clase dominante, y el respaldo de sus mentores foráneos: estos recursos han sido tan eficaces como se lo facilitan las deficiencias de los liderazgos que con esas fallas y errores los hicieron más vulnerables.

Entre estos, los errores en política económica. El primero, característico de los procesos más radicales: apelar a un rápido incremento del gasto social y del consumo popular para resolver sus principales urgencias, con una celeridad muy superior al crecimiento de la producción y la productividad, así como de la mejora de la eficiencia institucional y la capacidad de obtener nuevos recursos económicos, con las conocidas consecuencias de desabastecimiento, deuda y pérdida del valor efectivo de los salarios. Acelerar el desarrollo nacional — el de las fuerzas productivas— es costoso; exige formar recursos humanos, asimilar tecnologías, crear infraestructuras. Eso exige exportar recursos valiosos para adquirir insumos caros, en mejores condiciones de intercambio, o contar con potente ayuda foránea.

Sin embargo, en la presente coyuntura, el error de política económica que los críticos destacan con mayor aspereza es el de haber justificado o hasta propiciado el extractivismo. Se responsabiliza a los gobiernos progresistas de valerse de las empresas extractivas —mineras, agrícolas u otras— como fuentes de ingresos para resolver necesidades sociales e inversiones en infraestructura y desarrollo. Y se los acusa de hacerlo sin restringir sus actividades con las necesarias fiscalizaciones, penalidades y compensaciones por los daños socioambientales que generen.

No obstante, la crítica al extractivismo, tal como algunos articulistas suelen auparla, también puede exhibir la frivolidad de una moda y conducirla a disparates. La extracción de materias o productos sin elaborar es una actividad común a muchas economías de distinto signo. La primera cuestión es si la política económica de cada país busca incrementar el valor agregado de esos productos mediante su transformación por empresas y trabajadores nacionales, y conforma a objetivos y normas nacionales, o si favorece un saqueo colonial o neocolonial que exporta esos recursos primarios para procesarlos en el extranjero.

¿Esa extracción contribuye a desarrollar y valorizar la respectiva economía y sociedad nacionales, o solo es un modo de explotar su mano de obra barata y reproducir el subdesarrollo del país? Es decir, si las autoridades nacionales vigilan que la previsión, regulación y control de las actividades extractivas se conceden y efectúan garantizando los menores daños ambientales y su mejor compensación y restauración, así como la debida protección y provecho para las comunidades aledañas y los sectores nacionales afectados.

Esta exigencia siempre ha estado entre las principales reivindicaciones de los movimientos de liberación nacional y de las izquierdas en general. Con una conocida excepción: mientras prevaleció el modelo soviético —incluida su variante maoísta— primó el afán por forzar a toda costa el crecimiento económico, con devastadoras consecuencias en materia ambiental, hasta el colapso de ese modelo. Pero, aun así, el estalinismo no fue un pecador solitario, puesto que ni el liberalismo clásico ni el neoliberalismo han sido inocentes en esa misma práctica, que prosiguen por motivos mucho peores.

De hecho, nada justifica el dislate de atribuirle al actual progresismo una índole fatalmente extractivista, ni alegar que la izquierda y el progresismo son diferentes porque la primera se opone a esa práctica, mientras que cometerla es un atributo constitutivo del progresismo. Como tampoco el simplismo economicista de suponer que el progresismo obedeció a un ascenso del precio internacional de las *commodities* y su supuesta extinción a que este bajó; *ergo*, que no resurgirá hasta que estas vuelvan a encarecerse.

Antes bien, durante gran parte del siglo XX y lo que va del XXI, el progresismo —como noción incluyente vinculada a las luchas por la liberación nacional y el desarrollo social— ha sido la manifestación más visible de las izquierdas latinoamericanas. Y ahora, una vez depurado de las deficiencias de su pasada ofensiva regional, hay sobrados motivos para prever que volverá a serlo. Esa anterior experiencia no fue la primera ni la única en que las izquierdas han cometido errores.

Para evitar que estos se repitan, una de las mejores aportaciones de sus críticos será idear mejores modos de que los próximos gobiernos progresistas o revolucionarios puedan resolver el imperativo de financiar su lucha contra el subdesarrollo, y solucionar necesidades populares, sin recurrir a formas nocivas de obtener los recursos indispensables para conseguirlo.

Dado que consolidar un gobierno nacional liberador, y proyectar sus posibilidades hacia objetivos de mayor alcance, exige tanto superar el atraso como asegurar el desarrollo humano y material de las fuerzas productivas, Fidel Castro dedicó al tema gran parte de su pensamiento. Eso incluyó proponer y debatir estrategias y opciones de combate al subdesarrollo, así como formas de concertación y cooperación entre los países del Tercer Mundo para cambiar las injustas condiciones del comercio y el financiamiento internacionales, en defensa de los intereses de sus pueblos, incluso sin que las diferencias de régimen político fueran obstáculo para colaborar por ese objetivo común.

En el caso concreto de Cuba, ese reto, desde el primer momento, fue extraordinariamente dificultado por el bloqueo estadounidense. En la primera época de la Revolución, el respaldo económico y militar soviético fue importantísimo para resistir y abrirse camino. Pero actualmente los procesos liberadores, progresistas o revolucionarios de otros países no pueden contar con aquel tipo de solidaridad. Así, su capacidad real para adquirir recursos tecnológicos y económicos para el desarrollo ahora es una dificultad adicional de sus posibilidades reales, y tan grande, que sus críticos más severos eluden mencionarla.

### **De nueva cuenta, la mesa está servida**

Mientras los pueblos viven su historia no para de producirse, y en estos tiempos el lapso entre sus sucesivos momentos se acorta. La anterior ofensiva y hegemonía conservadora duró decenios, la actual no acaba de ocurrir y ya empezó a desintegrarse. Antes, el aguante popular demoró unas décadas en agotarse; ahora en Argentina, Brasil o Chile, nuestros pueblos demoran menos en discernir y protestar. Si ponemos atención, ya se oye bullir la próxima ofensiva progresista, sin que la presente ola reaccionaria haya concluido sus propósitos. ¿Pero estamos listos para comprender e inspirar a esa próxima ofensiva?

Para lograrlo, la experiencia de los tres lustros progresistas con los que el siglo XXI latinoamericano se inició debe discutirse examinando todas sus aristas, y es preciso hacerlo con autocrítica responsabilidad. Más que para imputar responsabilidades personales, para sacar conclusiones sustantivas sobre cómo prever, castigar y erradicar tales deficiencias, e imprimirle más robusta y eficaz consistencia ética, política y estratégica a nuestra participación en la próxima ofensiva popular,

no apenas para agregar más diagnósticos, sino enfocándose en proponer mejores opciones para vencer los anteriores problemas y los que ahora quepa prever.

Entre otras, hay fallas que ya es habitual señalar pero que reclaman mayor análisis. Una, la insuficiencia y hasta el abandono del trabajo político y organizativo que siempre debe sustanciar cada gestión administrativa de las izquierdas, no solo en el ámbito laboral y sectorial, sino igualmente en el barrial y comunitario, *que es donde habitan, conviven y votan* los pobres y sus familias.

Otra, el acomodamiento y hasta la permisividad con los vicios del poder burocrático, que llegan al extremo de admitir indicios de corrupción en algunos dirigentes devenidos en funcionarios, desacreditando así la calidad moral de la organización y del proceso políticos que ellos representan. Y aún más, reducir unos partidos y movimientos surgidos de la rebeldía, la lucha y la creatividad política, a la mera condición de aparatos reelectorales. Incluso hasta hacerlos «comprender» arreglos con operadores de la política tradicional, a despecho de los principios cuya práctica nos hace gente de izquierda y nos diferencia como tales.

La corrupción es un vicio políticamente asimétrico: salvo ocasionales excesos, en la derecha es parte de una vieja cultura que se da por sentada. Pero a la izquierda se la elige para combatirla, y tolerarla entre sus filas constituye una afrenta que pone en entredicho los demás valores que la gente le reconoce a los dirigentes de una organización progresista. En la izquierda, sin importar la magnitud del delito, sus implicaciones políticas le dan trascendencia y, aunque el castigo sea mayor, el conjunto del liderazgo demora en recuperar el necesario liderazgo moral.

Asimismo debe condenarse la bobada política de suponer que, si un gobierno progresista cumple su deber elemental de solucionar demandas populares, sus beneficiarios automáticamente le concederán una interminable gratitud de electores cautivos. Resolver los problemas de la gente no es un favor, sino la misión de los funcionarios. Es idiota suponer que cumplirla supone un contrato electoral: si el voto popular echó a la anterior administración porque esa incumplía sus deberes, esto no conlleva que los electores pasan a creerse deudores de quien sí los realice.



Al revés, son los funcionarios —mucho más si asumen la tarea a título de progresistas o revolucionarios— quienes a diario deben volver a ganarla confianza ciudadana. En política electoral, son los funcionarios quienes siempre están en deuda, pues el pueblo cada vez tendrá nuevas demandas pendientes. *Los electores no votan para atrás sino hacia adelante*: no sufragán por lo que ya se resolvió, sino fiándole cierta confianza temporal a quien se compromete a solucionar lo que falte. Quien recibe ese voto asume el deber de honrar este compromiso para seguir mereciendo la confianza.

Aun así, dicho compromiso no concluye al entregar soluciones, sino al *darles sentido perdurable*. Su adecuada interpretación, uso y mantenimiento deben reproducirse más allá del acto de entrega. Lo que también requiere promoverla conciencia y organización que aseguren un buen aprovechamiento y preservación de lo recibido. La entrega solo culmina cuando sus beneficiarios se asuman como sus responsables y cuidadores. Esa conciencia y organización participativa —y no una vasalla gratitud— es lo que da significado político a los beneficios entregados.

Uno se hace revolucionario porque se indigna frente a una realidad injusta y decide contribuir a cambiarla. Por consiguiente, la integridad ética es la principal exigencia de la condición de revolucionario. Aún más que la astucia o la habilidad de maniobra, que algunas veces también han servido para encubrir al oportunismo o la pérdida de integridad moral.

El proyecto revolucionario es estratégico, no coyuntural. En este sentido, en ocasiones más vale perder solos que ganar mal acompañados, si con esto robustecemos la identidad, el ascendiente político y el liderazgo sociocultural que deben diferenciar a la opción revolucionaria.

Ahora, mientras los loros bizantinos olvidan los procesos de emancipación nacional y popular, y especulan sobre «ciclos», progresismos, reformas o revolución, otra ola de protestas sociales ha empezado a rodar. Los disparates de Macri, Balsonaro, Piñera y sus similares mesoamericanos vuelven a exhibir las incompetencias, fracasos y abusos de las viejas o «nuevas» derechas como supuesta alternativa.

Como señala Joao Pedro Stedile, aunque Bolsonaro use todo el tiempo toda la represión y el amedrentamiento, y libere todas las fuerzas reaccionarias presentes en la sociedad, para dar toda la libertad al capital

con un programa neoliberal, esa opción es inviable, no da cohesión social y no resuelve los problemas concretos de la población. Eso, continúa Stedile, aunque complazca a los bancos agrava las contradicciones y genera un caos social que lleva a los movimientos sociales a retomar la ofensiva.<sup>2</sup>

Los despropósitos neoliberales causan inconformidades populares que, a su vez, demandan liderazgos y proyectos confiables. La sólida votación obtenida por Gustavo Petro, las expectativas que ya levantan frentes como Brasil Popular y Pueblo Sin Miedo y una izquierda reencauzada, así como la aplastante victoria electoral de López Obrador, están entre sus nuevas manifestaciones palpables.

Al propio tiempo, en Washington DC los dislates de un paquidermo arrogante evidencian que el sistema de dominación imperial continúa perdiendo capacidad para proveerse de visión, eficacia y liderazgo estratégicos.

Así pues, *de nueva cuenta* la mesa de las condiciones objetivas suficientes para comenzar *otra* ofensiva progresista está servida. Una ofensiva que no solo es de segunda generación sino distinta, mejor dotada de experiencias, ideas y expectativas. Con lo cual el asunto ya no radica en si los procesos progresistas, de liberación nacional o con vocación socialista han amainado o concluyeron, sino en cómo corresponde liderar sus próximas aspiraciones, para que en las nuevas circunstancias su acometida sea más abarcadora y asuma objetivos sostenibles de mayor alcance.

¿Cuánto hemos aprendido de nuestra pasada experiencia? ¿Cómo actualizar, compartir e instrumentar sus lecciones en las actuales circunstancias? La anterior ofensiva progresista brotó en unas condiciones socioculturales que las izquierdas afrontaron no solo fragmentadas, sino también aún sin madurar una comprensión de las causas de la crisis del modelo soviético, ni de sus propios puntales políticos e ideológicos, como tampoco del cambio de las circunstancias internacionales, ni de las opciones que estas podían deparar.

En aquella coyuntura fue posible captar el voto, más que la adhesión, de unos pueblos exasperados, pero aún cohibidos, por la sombra de la hegemonía imperial y las recientes dictaduras. Y por eso, culturalmente inhibidos de aspirar a mayores expectativas, aún percibidas

<sup>2</sup> Consultar: Joao Pedro Stedile: «Tenemos que retomar el trabajo de bases», *Brasil de Fato*, 30 de octubre de 2018.

como riesgosas. En tales condiciones, ese crédito electoral posibilitaba acceder al gobierno, no al poder.<sup>3</sup>

En contraste hoy, en vísperas de otra ofensiva progresista, toca asumir dos misiones previas, ante una situación que ya no es la misma. Por una parte, colaborar con amplia parte del pueblo —con la diversidad de sus comunidades concretas— para superar rezagos político culturales y organizativos, tanto en el sector laboral como en sus asentamientos locales. Por otra, ofrecer nuestras propuestas como parte del esfuerzo para superar la fragmentación conceptual y política de las izquierdas. Es decir, promoviendo vías de diálogo y cooperación para juntar fuerzas y hacerle camino a nuevas posibilidades, no solo proponiéndose ir más lejos, sino articulando las fuerzas necesarias para lograrlo.<sup>4</sup>

Es malsano ignorar la pluralidad que dinamiza a cada pueblo y clase social embrollando el concepto de unidad con el de su acepción monolítica. Como asimismo equiparar a los sujetos políticos y sus vanguardias con escuadrones militares, extrapolando una metáfora didáctica de tiempos de la guerra civil en Rusia. Es indispensable apreciar las diversidades, una vez que la unidad es un proceso que se construye entre diferentes, dado que sin diferencias no haría falta construirla.

Mientras se dejan alargar discrepancias, las contraposiciones resaltan sobre todo lo que haya en común. Sin embargo, entre corrientes de izquierda y progresistas la mayoría de las veces será más —y de mayor rango estratégico— lo que ellas comparten, aunque se deje de reconocer. Esto resalta lo acertado de la propuesta de empezar por poner sobre la mesa los respectivos proyectos y hallar en qué campos coinciden —con lo cual no pocos prejuicios irán descartándose—.

<sup>3</sup> Una parte de las izquierdas entró al Órgano Ejecutivo, al elegir Presidente sin ganar la mayoría en los comicios parlamentarios, estatales y municipales, ni influencia en el Órgano Judicial, tal como unos 30 años antes ya había ocurrido con Salvador Allende y la Unidad Popular.

<sup>4</sup> Entre las izquierdas todavía pesa una mala forma de discutir, en la que el debate no busca desarrollar ideas sino descalificar al contrincante. Hace falta diferenciar tiempos y objetivos. Marx contra Proudhon, Engels ante Dühring o Lenin frente a Kautsky respondieron a otra circunstancia: la de tres polemistas geniales en el momento de zanjar puntos críticos de una decisión estratégica. Su ejemplo no vale para dirimir controversias tácticas, ni mucho menos para suplir la falta de mayores argumentos. Lamentablemente, luego del siglo XIX —y en particular en períodos de descomposición política como el estalinismo, el maoísmo y sus secuelas— no faltan publicistas más dados a denigrar a posibles interlocutores que a generar conocimiento y propiciar cooperaciones.

No es necesario lograr unidad en cada uno de los aspectos conceptuales y propuestas, sino allí donde ya es posible coordinar colaboraciones. Como proceso que es, la unidad *se construye haciendo camino al andar*, pues al propiciar acercamientos donde ya cabe cooperar, se amplían las posibilidades de coincidir en otras áreas y perspectivas. La fertilidad de la estrategia *frenteamplista* consiste en que se empieza por lo mínimo esencial y las convergencias crecen en tanto se lucha en común por objetivos que lo ameriten, sin que las diferencias obstruyan la marcha. Lo que asimismo es prueba de buena fe.

### **Para abrir camino**

En tiempos en que prevalecía el marxismo dogmático, una de las primeras lecciones de Fidel Castro y la Revolución cubana fue sobre la efectividad de la acción y la experiencia conjuntas como medio para producir organización y pensamiento compartidos. El Movimiento que salió a la luz el 26 de julio de 1953, se inició tras convocar a jóvenes honestos y patrióticos —martianos— con base en una condición, sin detenerse a discriminar su pluralidad de ideas políticas y orígenes sociales. La condición moral mínima de estar dispuestos a tomar las armas contra la dictadura para erradicar la política corrupta, hacer efectiva la independencia nacional y erigir una democracia socialmente comprometida. Propuesta que poco después sería argumentada en *La historia me absolverá*, un proyecto de liberación y desarrollo nacionales. Desde esa condición inicial, combatir juntos y compartir las vicisitudes populares sustentó la formación ideológica de esos jóvenes y de la mayor parte del pueblo cubano, más que cualquier evangelio doctrinario.

Doctos analistas hoy calificarían ese proyecto de reformista, desarrollista, socialdemócrata o progresista, dictaminando que no pasa de proponer un adecentamiento del capitalismo, no una propuesta revolucionaria. Pero en su condición de proyecto de liberación nacional, ese del Moncada se fundó en poderosas convicciones patrióticas y de solidaridad social, y tuvo gran capacidad de convocatoria no solo por sus argumentos, sino también por el ejemplo cívico de sus militantes. Proyecto que, a partir de 1959, avivado por su rápida ejecución y por el hostigamiento norteamericano, en vísperas de Playa Girón hizo posible darle piso popular efectivo a la vocación socialista emanada de su matriz nacional liberadora y desarrollista.

Esa experiencia debe recordarse ante los encabezados con que algunos hoy pontifican sobre el progresismo latinoamericano. Califican este fenómeno latinoamericano y actual apelando a clichés estáticos y excluyentes como los de *reforma* o *revolución*, o de intención *antineoliberal* o *anticapitalista*, que reducen el análisis a las taxonomías con que la lógica formal disecciona *un objeto* aislado y estático. Y así eluden la fatiga de discernir e interpretar la red de contradicciones con que la lógica dialéctica opone y asocia una diversidad de factores, en el trabajo de comprender y explicar *un proceso*.<sup>5</sup>

En la actual situación de las naciones latinoamericanas y su contexto continental y global, somos parte activa de una transición histórica distinta de la confrontada en 1962 cuando la II Declaración de La Habana, o durante la retracción, crisis y derrumbe del modelo soviético, o bajo la ofensiva neoconservadora y el apogeo del neoliberalismo, o en medio de la primera oleada progresista despertada por Hugo Chávez. No pocas veces, los esquemas o clichés verbales que en uno o más de esos períodos parecieron útiles para entenderlo no son apropiados para comprender las potencialidades de otro. En situación están modificadas, los anteriores modos de concebir y alcanzar las metas deseadas pueden dejar de ser eficaces, y tocará calificarlos con otros adjetivos.

Para abrirle camino al otro futuro posible, durante esta transición no solo es deseable y necesario ir más allá que en la anterior oportunidad, sino indispensable articular y formar las fuerzas requeridas para emprender camino, ampliarlo y sostenerlo. En la inminencia de esta nueva marea de inquietudes populares, urge capacitar esas legiones, al tiempo que luchar para revertir la contraofensiva de la derecha y discutir qué objetivos proponernos al recuperar iniciativa, y cómo avanzar a corto y mediano plazos en esa dirección, con los destacamentos sociales que efectivamente lo pueden hacer posible.

Son estas fuerzas reales quienes determinarán cuánto y hasta adónde se puede hacer y sostener en la práctica política, no los juegos de palabras más sofisticados, ni menos una campaña de caza y lapidación de presuntos reformistas. Las indignaciones organizadas de la gente atizan el acontecer mejor que las exhibiciones verbales, donde algunos articulistas malgastan sus pericias intercambiando sentencias

<sup>5</sup> Al fin y al cabo, reforma y revolución no son dos puntas incompatibles de una disyuntiva estática, sino polos de una interrelación dialéctica, así como la lucha contra el capitalismo comienza por derrotar a su extremo neoliberal.

y entierros políticos en vez de aportar ideas que resuelvan problemas y despejen caminos.

Porque si de fuerzas se trata, hay que formarlas. Por lo pronto, tal como Frei Betto resume esta perspectiva, antes de que se haga tarde «solo le queda a la izquierda volver al trabajo de base, organizar a las clases populares, promover la alfabetización política del pueblo».<sup>6</sup>

<sup>6</sup> Ver Sergio Ferrari, entrevista a Frei Betto: «Volver al trabajo de base, promover la alfabetización política del pueblo», en *Sur y Sur*, 22 de agosto de 2018.